

EPILOGO

Son las siete de una hermosa tarde del estío: el sol, recostado ya en su lecho de nubes, dora aún con sus reflejos las copas de las palmeras y naranjos que crecen en la hermosa y fértil campiña de Valencia. La luna aparece radiante y llena, y el lucero vespertino brilla ya en el firmamento.

Aún deja oír el ruiseñor sus armoniosos trinos, y el canto monótono de la cigarra se escucha sin cesar entre las ramas de los árboles.

Todo es vida, armonía y amor, porque nunca se adora á Dios como en esa hora en que no hay más luz que un débil crepúsculo. Entonces, recogido el corazón, sujeto el pensamiento y errantes los ojos entre el cielo y la tierra, es cuando se comprende la grandeza y omnipotencia del Creador.

Un coche baja al paso el camino que media entre la hermosa quinta de los señores de Gálvez y la ermita de Santo Tomás, conducido por un cochero y dos lacayos con galoneadas libreas.

—¡Pare usted!—dijo una dulce voz de mujer al auriga desde el fondo del carruaje.

Obedeció éste; fué á abrir uno de los lacayos la portezuela con el sombrero en la mano, y una joven saltó al suelo con ligereza, sin que su piececito tocase apenas en el estribo.

Tenía puesto un largo vestido de seda azul, una ligera manteleta que permitía ver toda la gracia y esbeltez de su talle, y un sombrero de paja que cubría dos gruesas trenzas de cabellos castaños, con reflejos oscuros y brillantes.

Tendió sus negros y rasgados ojos por el camino, y se dirigió lentamente hacia la ermita.

—¿Quiere la señora que la siga el coche?—preguntó el lacayo acercándose respetuosamente á la joven, siempre con el sombrero en la mano.

—No: gracias, Bautista—contestó ella dulcemente;—espéreme usted aquí: voy á sentarme allá arriba,—añadió señalando una pequeña eminencia desde la cual se descubría toda la campiña.

Inclinóse el doméstico, y su señora se sentó sobre la húmeda yerba.

De súbito oyóse, aún lejano, el rumor de los pasos de un caballo, y una viva expresión de alegría iluminó el hermoso semblante de la joven; brillaron sus ojos y se levantó rápidamente.

Pronto apareció un caballero, que venía al trote airoso de un hermoso alazán tostado. Su rostro, dotado de esa belleza varonil peculiar de los hijos del Mediodía, tenía una expresión muy pronunciada de nobleza y altivez; había ya pasado la primavera de su vida, y se veían algunas hebras

de plata entre los negros rizos de sus cabellos; pero aún ardía en sus rasgados ojos el fuego de la pasión. Vestía un sencillo y elegante traje, y su torneada mano sujetaba negligentemente la brida de su fogoso caballo.

Al divisar á la joven, hizo un ademán de alegría y se apeó con un movimiento lleno de gracia y de soltura.

—¡Tú aquí, Rosa!—dijo estrechando á la joven apasionadamente contra su pecho.—¡Y á estas horas! ¿estás sola?

—No, Edmundo mío—dijo Rosa echando sus brazos al cuello de su esposo:—he venido en el coche de mamá, y por su orden me ha acompañado Bautista, que nos espera.

—¡Ah, bien!—dijo Gálvez más tranquilo; y pasando el brazo de su esposa debajo del suyo, se quedó entre sus manos la blanca manecita de la joven.

—¿Y mamá? ¿Y el doctor?—preguntó.

—En casa jugando al ajedrez é inquietos con tu tardanza. ¡Oh, cuánto te aman, Edmundo!—prosiguió la señora de Gálvez.—Mamá no vive ni sosiega, ni quiere que le hablen de nada mientras su amado hijo no está á su lado; hoy es para nuestros padres un día de inmenso placer, porque se cumple el año de nuestra unión.

—Ya he dado gracias á Dios sobre la tumba del que me dió la vida—dijo Edmundo,—y le he rogado, como siempre, con ferviente anhelo, que

te conserve á mi lado hasta el fin de mis días; á tí, que eres mi hermoso ángel tutelar, el encanto de mi vida y la vida de mi alma,—continuó, imprimiendo sus labios en la pura y serena frente de Rosa.

—Mamá no me ha permitido acompañarte á la ermita, porque el doctor le ha dicho que me afecto demasiado—dijo la señora de Gálvez;—pero mi impaciencia me ha traído á esperarte, contando con la tardanza cuando vas á Santo Tomás.

—¿Tienes celos de los muertos, amada mía?—dijo Edmundo con melancólica sonrisa.

—¡Oh, no!—repuso la joven con infantil candor:—amo, como tú, esas sagradas memorias, y, como tú, las respeto con la veneración más profunda.—E interrumpiéndose de repente,—¡Mira! mira á nuestro pobre y viejo Azor,—exclamó viendo llegar al noble animal casi arrastrando de fatiga.

—Nos ha echado de menos y viene á buscar-nos,—continuó Rosa con los ojos llenos de lágrimas; y arrodillándose en el suelo abrazó con amor á su perro leal, que se tendió á sus pies exánime de cansancio.

Edmundo contempló durante algún tiempo aquel tierno é interesante cuadro, que tan bien simbolizaba la sensibilidad y el reconocimiento; y llamando después á Bautista,

—Toma á Azor—dijo,—y colócalo con cui-

dado en el coche, porque está fatigado; vuelve á casa, y lleva el tiro al paso y al caballo de la brida; nosotros iremos á pie.

Bautista iba á obedecer; mas el inteligente animal pareció comprender las palabras de Edmundo, porque se levantó y saltó dentro del carruaje así que vió abierta la portezuela, colocándose en el almohadón que le estaba destinado durante los largos paseos.

Bautista, rígido observador de la etiqueta, corrió las persianas, no obstante el calor que hacía, y tomó al paso el camino, mientras otro lacayo conducía de la brida el caballo de su señor.

Edmundo volvió á tomar bajo el suyo el brazo de Rosa, y los dos amantes esposos emprendieron lentamente el camino que conducía á la quinta, mientras que miles de estrellas iban bordando el manto azul del firmamento.

FIN DE ROSA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO